

perjuicio de ir estudiando las cuestiones sociales del campo y de la ciudad, para aprovechar aquello que fuese conveniente.

Con rapidez vertiginosa se extendió la revolución en la amplitud del territorio nacional. Puede asegurarse que no se sustrajo a la acción punitiva ningún poblado. En pocos meses sumaban centenares de miles los hombres armados.

Los combates tenían lugar diariamente, unas veces con resultados favorables, otras adversos; lo que contaba en última instancia es el saldo favorable a la insurrección.

Fueron cayendo en poder de los revolucionarios ranchos, villas y ciudades. Ahora una capital de estado, mañana otra, hasta reducir al ejército federal a un territorio sumamente limitado.

Llegó el momento en que el general Huerta renunció al poder huyendo al extranjero. Designado presidente provisional al licenciado Francisco Carvajal con él se trató de la rendición incondicional. La experiencia aconsejaba un proceder enérgico. Después de algunas vacilaciones aceptó el licenciado Carvajal la exigencia de don Venustiano.

Con la entrada triunfal de los contingentes constitucionalistas a la ciudad de México, y la disolución del ejército federal, la Revolución había triunfado.

Los intereses creados durante el porfirismo no perdían las esperanzas de conquistar posiciones dentro de la Revolución. Movían los hilos de la intriga, como lo hicieron contra Madero al inflar la figura de Pascual Orozco; y ahora utilizaban el prestigio guerrillero de Francisco Villa, el Centauro del Norte, para enfrentarlo al primer jefe don Venustiano Carranza.

Tras una serie de incidentes que principiaron con el ataque y toma de Zacatecas por Villa, y después con las convenciones militares de la ciudad de México y de Aguascalientes, más la designación de un presidente provisional, que recayó en el general Eulalio Gutiérrez. Como antecedente existía la exigencia de Villa para que don Venustiano renunciara a la jefatura de la Revolución.

Maduró la intriga y los que habían luchado unidos contra la usurpación huertista, se lanzaron a una contienda todavía más encarnizada que la anterior.

Las fuerzas que se enfrentaban habían quedado más o menos equilibradas en potencia bélica; pero de parte de Carranza existía la fuerza de la razón y de la justicia, la fuerza del verdadero ideal revolucionario.

Los ejércitos bien equipados y disciplinados, mandados por jefes valientes y fogueados, se enfrascaron en batallas seguramente en las que, en todos los tiempos, han sido las más sangrientas y en las que han intervenido mayor número de soldados.

Quedan en las páginas de la historia, en mención de estos hechos de armas los nombres de las ciudades de Celaya, Trinidad, León, Aguascalientes, El Ebano, Chihuahua...

La historia, cansada de crear se repite. Cierta o no este principio, es el caso de que de esta implacable contienda surgió un nuevo caudillo, que causaría después al país nuevos quebrantos, el general Alvaro Obregón, a quien se le atribuyó el triunfo. Cosa esta que está por dilucidarse puesto que hubo otros que merecen la primacía, como el general Francisco Murguía; pero no es esta la ocasión de entrar en pormenores.

Vencida la insurrección villista convocó don Venustiano, ya en carácter de Presidente de la República, a un Congreso Constituyente. Se reunieron los diputados electos en el Teatro Iturbide de Querétaro a fines de 1916, y después de las labores correspondientes se promulgó la nueva Constitución el 5 de febrero de 1917. En ella se contienen los puntos de carácter social que demandaba la época. Cuestiones de los campesinos, de los obreros, de la propiedad del subsuelo...

Había reservado el destino a México más inquietudes, desasosiego, traiciones y dolor.

Terminaría don Venustiano su período de gobierno constitucional el 10 de diciembre de 1920, y las elecciones serían el primer domingo de julio. La campaña electoral para fines de 1919 estaba ya en su apogeo. Contendían tres candidatos: los generales Alvaro Obregón y Pablo González y el ingeniero Ignacio Bonillas.

El obregonismo se manifestaba extraordinariamente activo y agresivo; el gonzalismo actuaba con moderación y bien organizado. Ambos grupos atacaban a don Venustiano asegurando que trataba de imponer al ingeniero Bonillas. Esta arma, aun cuando carecía de justificación y de lógica hacía profunda mella en la opinión pública.

Era notorio que la publicidad de los generales Obregón y González, especialmente la del primero, opacaba la del ingeniero Bonillas por completo. Faltaban a éste elementos pecuniarios para competir en ese plano con sus adversarios. La razón radicaba en el hecho, comprobado en el momento de la crisis, que quienes podían ayudar con dinero estaban con Obregón o con González.

En efecto, de los gobernadores solamente estaban con Bonillas cinco, y en cuanto a los generales el ochenta por ciento respaldaban a Obregón o a

González. Además, como principio imperativo de imparcialidad, había dispuesto don Venustiano que de la Tesorería de la Nación no se empleara un solo centavo. Esta línea de conducta siguieron los gobernadores bonillistas.

No se llegó a las elecciones. El 24 de abril de 1920 se expidió el Plan de Agua Prieta, a pretexto de una supuesta imposición, declarando desaparecidos los Poderes de la Unión. El movimiento lo encabezaban los obregonistas, general Plutarco Elías Calles y don Adolfo de la Huerta, gobernador de Sonora.

El ambiente estaba admirablemente preparado. A partir de ese momento, los generales con mando de fuerzas, fueron adhiriéndose al Plan sin necesidad de combatir. Y como si esto fuese poco el general González se adhirió también al movimiento, poniéndose al frente de importantes contingentes de tropas. La suerte del gobierno estaba condenada a la derrota. Gráficamente el licenciado Luis Cabrera calificó esta revolución de huelga de militares.

Cercado el Presidente de la República, con elementos fieles abandonó la ciudad de México ocupando varios trenes con destino a Veracruz. Perseguido por los rebeldes se combate diariamente hasta llegar a estación de Apizaco, en donde la superioridad del enemigo convierte la expedición en un desastre.

Con un grupo pequeño de militares y civiles se interna Carranza en la Sierra de Puebla en donde la traición lo espera. Caminata penosa en lo físico y en lo moral. Entereza de Carranza, agobio, desesperación y pesimismo en la comitiva. El instinto de conservación obliga a seguir adelante, desafiando el frío, la lluvia pertinaz, y lo abrupto del terreno, que entre peñascos y matorrales estrechos las veredas fueron trabajosamente salvadas por los caballos.

En una apertura de la serranía se presenta un individuo que reconoce el general Mariel como el general Rodolfo Herrero. Lo presenta a don Venustiano en calidad de amigo y conocedor de la región. Se muestra amable y servicial ofreciendo sus servicios con lealtad.

Sigue el grupo sierra arriba guiado por Herrero. Se llega a un lugar al parecer deshabitado en donde se hace alto, diciendo Herrero que allí se pernocte, con la seguridad de que no había problemas, pues a corta distancia tiene sus soldados.

Es el 19 de mayo de 1920, va cayendo la tarde empapada de la lluvia. En unos cuantos jacalones se acomodan todos. Queda el señor Presidente con cuatro acompañantes en el que le señaló el general Herrero, como el mejor. Sigue lloviendo, la noche oculta caras y sentimientos. Se retira He-

rero con cualquier pretexto. El cansancio y el hambre silencian el campamento. El sueño vence a todos.

Es la madrugada, entre los breñales se arrastran como víboras los soldados de Herrero, y cuando se encuentran a corta distancia del jacal que ocupa don Venustiano hacen varias descargas cerradas. Sabían el lugar preciso en que estaba y no erraron. Las balas traidoras cumplieron su misión. Nació apenas el nuevo día, el 21 de mayo. Cuando se había consumado el crimen apareció Herrero levantando el campo: el cadáver de don Venustiano y la detención, en calidad de prisioneros de quienes lo acompañaban.

¡Digno epílogo del Plan de Agua Prieta!

Habían transcurrido tres años después de estos acontecimientos, y de nuevo el país se acercaba a nueva tragedia. Como producto del Plan de Agua Prieta, que dio fin al Gobierno Constitucional de don Venustiano Carranza, fue electo Presidente de la República el general Alvaro Obregón. Su período terminaría el 10. de diciembre de 1924.

Para substituirlo se lanzaron las candidaturas de don Adolfo de la Huerta y del general Plutarco Elías Calles, unidos en el Plan de Agua Prieta y desligados radicalmente en esta ocasión.

La opinión pública se inclinaba francamente hacia el señor de la Huerta; pero no así el general Obregón. Obraba contrariando su actitud cuando él era candidato. Entonces, so pretexto de la imposición que se decía pretendía realizar don Venustiano lo combatió con las armas en la mano.

En esta ocasión la imposición la realizó él. Pero antes, conocedor de estas cuestiones hostigó a los delahuertistas hasta obligarlos a la rebeldía.

El 3 de diciembre de 1923 daba principio la Revolución encabezada, contra su voluntad, por el señor de la Huerta. La lucha fue encarnizada. Murieron en el campo de batalla fusilados centenares de personajes entre los que contaban en mayor número los generales.

Es de observar que con algunas excepciones, la mayoría de los jefes delahuertistas habían formado parte del Plan de Agua Prieta, es decir, habían sido convencidos obregonistas.

Hecha la paz se efectuaron las elecciones saliendo avante la candidatura del general Calles. Su administración se distinguió por el ímpetu que dio a las obras de comunicación y a la cuestión bancaria.

Se proyectó y se adelantó bastante la carretera de México a Laredo, y se constituyó el Banco de México, único capacitado para emitir billetes. Trató

de aquietar antagonismos políticos, principiando por crear el Partido Revolucionario de México con la idea de aglutinar a todos los partidos políticos integrados por revolucionarios.

El 3 de octubre de 1927 ocurrió un acontecimiento que estremeció de horror a todo el país. Se aprestaban los políticos a organizarse para participar en las elecciones que se realizarían en julio del año siguiente.

Un grupo, encabezado por el general Francisco Serrano se reunió en un hotel de Cuernavaca, con el fin de cambiar impresiones pues el general Serrano aspiraba a la candidatura presidencial. Sorpresivamente un destacamento del ejército federal aprehendió a las personas allí reunidas. En forma que puede calificarse de milagrosa se salvaron el general Antonio I. Villarreal y el licenciado Francisco J. Santamaría.

Trasladados en automóviles rumbo a la ciudad de México, todos sujetos de las manos con alambre, al llegar a un lugar llamado Huitzilac fueron acribillados a balazos, sin formación de causa. Llegaron a México los cadáveres hacinados en automóviles como carneros degollados.

Entre si fue Calles u Obregón quien ordenó la muerte infamante de 13 personas de alta categoría social y política, es cuestión que con detalles ha recogido la historia. Cabe destacar que el general Serrano había ocupado la Secretaría de Guerra en la administración de Obregón y desempeñó durante varios años el puesto de Jefe de su Estado Mayor.

La versión del claridoso y cáustico escritor Roberto Blanco Moheno, en su obra *Crónica de la Revolución Mexicana*, tomo II es la siguiente:

*"Sobre la carretera federal a Cuernavaca, ya cerca de la tierra caliente, en una de las mil curvas del camino, puede el viajero ver, todavía, catorce cruces de hierro. El sitio se llama Huitzilac, donde Obregón realizó su postrera hecatombe... He aquí la lista de las víctimas, de las nuevas víctimas en le empeño de Obregón de 'salvar a México de sus salvadores': Gral. Francisco R. Serrano, Gral. Carlos A. Vidal, Cnel. Miguel A. Peralta, Daniel A. Peralta, Gral. Carlos V. Ariza, Lic. Rafael Martínez de Escobar, Alfonso Capetillo Robles, Augusto Peña, Antonio Jáuregui, Ernesto Noriega Méndez, Gral. Octavio Almada, Lic. José Villa Arce, Lic. Otilio González y Enrique Monteverde Jr."...*

De las órdenes correspondientes dice Blanco Moheno, como si en lugar de pluma usara una daga florentina:

*"Es por la tarde, en el Castillo de Chapultepec, residencia del Presidente de la República, Gral. Plutarco Elías Calles. El Jefe del Eje-*

*cutivo da órdenes a dos generales... Usted, Gral. José Alvarez, en su carácter de Jefe de Estado Mayor Presidencial, hará después el escrito dirigido al Gral. Claudio Fox... Usted Gral. Fox, me responde con su vida de esas aprehensiones... y de esas vidas. Quiero ver vivos aquí a todos, sobre todo al 'cabezón'.*

*"Perdone, señor Presidente —interrumpe Fox— ¿quién es el cabezón?"*

*"Pancho Serrano.*

*"Fox se cuadra. Va a salir ya. Da media vuelta. Y entonces se topa, de manos a boca, con la muerte. La muerte viene con un brazo de menos, y chispas en los ojos claros. Es Alvaro Obregón grita:*

*"Nada de eso. ¡Los quiero muertos, a todos!"*

*"Claudio Fox sabe que el jefe nato del Ejército es el Presidente de la República. Voltea a ver a Calles. Está consciente de que hace un papel muy desairado, pero consciente también, de que su obediencia a Obregón es necesaria, y hasta justa si ha de salvarse la Revolución, conserva la dignidad solamente en la imperturbabilidad de la cara, dura y angulosa, como labrada a golpes de machete:*

*"Ya oyó usted al señor Gral. Obregón: obedézcalo"...*

Descripción tajante la de Blanco Moheno, de sabor trágico. Menos agresivo el ingeniero Vito Alessio Robles, se ocupa de la misma masacre, en su artículo publicado en la revista *Todo* el 5 de noviembre de 1935. En lo relativo dice:

*"El general Obregón, desde el Castillo de Chapultepec, dictó todas las órdenes con la anuencia y complicidad de Calles, y aún cuando este último tenía toda la responsabilidad legal, el moralmente responsable en aquellos momentos trágicos fue el Gral. Obregón. Este ordenaba imperiosamente y el encabezado del Poder Ejecutivo callaba y obedecía sin replicar. En mi infecta prisión supe al día siguiente el asesinato del general Serrano y de trece acompañantes suyos en la carretera de Cuernavaca... Se mascaba el terror, según gráfica frase de Pérez Moreno"...*

Sin desmerecer en cuanto a fidelidad de los hechos narrados por Blanco Moheno, lo dicho por Alessio Robles merece completo crédito, por tratarse de un historiador de amplia ejecutoria de seriedad.

Días después, por los mismos motivos se levantaba en armas en Veracruz el general Arnulfo G. Gómez, uno de los militares de mayor confianza de

Obregón. Perseguido sin descanso cayó prisionero encontrándose seriamente enfermo. Mereció se le formara Consejo de Guerra sumario siendo fusilado.

Estas situaciones se originaron en atención a que el general Obregón pretendía reelegirse, cosa que indignó a muchos de sus más allegados colaboradores.

Abortado lo que pudo ser una revolución quedó libre el camino para la elección, de nueva cuenta, de Obregón. Previamente se reformó la Constitución de manera de quitar la drástica disposición de la no reelección.

Realizados los comicios triunfó Obregón. Había sufrido la Revolución un serio descalabro en uno de sus básicos principios. No faltaron los agoreros que predecían la estancia indefinida de Obregón en el Poder, siguiendo los mismos pasos de don Porfirio.

El destino no permitió que se comprobara la predicción. Para celebrar el triunfo del primer domingo de julio de 1928, los amigos íntimos lo agasajaron con un banquete en el restaurante La Bombilla, el día 17 del mismo mes.

Cuando el entusiasmo se desbordaba en alabanzas al "héroe de Celaya", un individuo, de aspecto inofensivo, se acercó a Obregón con el propósito según decía, de hacerle un dibujo. En contacto con él, sin que nadie lo advirtiese, le disparó un balazo en la cabeza.

Confusión indescriptible; Obregón se doblaba pausadamente, estaba muerto. Varios de los comensales sujetaron al homicida, y una voz fuerte, sonora, dominó el ambiente, era Aurelio Manrique que gritaba ¡no lo maten, no lo maten!

El artero homicida, sin inmutarse, a pesar de los golpes recibidos, dijo llamarse José de León Toral y obrar por cuenta propia. Sometido al juicio de rigor se le sentenció a muerte, siendo fusilado.

La magnitud del acontecimiento impactó seriamente en la vida del país. Con el fin de arreglar la situación, el general Calles, Presidente de la República, convocó a junta a los generales con mando de fuerzas. Después de varias reuniones acordaron designar al licenciado Emilio Portes Gil, Presidente Interino, quien convocaría a elecciones. Llenados los requisitos del caso se efectuaron las elecciones triunfando el general Pascual Ortiz Rubio.

Pero antes es preciso hacer referencia al último levantamiento. El día 3 de octubre de 1929 se rebelaban numerosos militares al frente de las tropas que mandaban.

En Torreón el general José Gonzalo Escobar. En Chihuahua el general Marcelo Caraveo. En Veracruz el general Jesús Aguirre. En Sonora el general Topete. En Durango el general Domingo Arrieta, y algunos otros más en diversos lugares del país.

Una rápida movilización de las fuerzas gobiernistas acabaron en tres meses con el incendio que amenazaba envolver en llamas todo el territorio nacional.

Con esta rebelión abortada terminó el ciclo, ya muy prolongado, de revoluciones, asonadas y cuartelazos.

#### SEXTA ETAPA

En ese lapso tan prolongado, que arranca de 1910 y termina en 1930, ¿qué había sucedido en Monterrey, que es decir en Nuevo León?

Como en la revolución maderista, estallada el 20 de noviembre de 1910, no participó Nuevo León con las armas, prácticamente la situación social y económica se mantuvo en un ritmo de actividad constructiva.

La industria mueblera había alcanzado un nivel envidiable. En septiembre de 1910, con motivo de las festividades organizadas para celebrar el centenario de la iniciación de la Independencia, entre los números más atractivos se cuenta la inauguración del Mercado Juárez, con una exposición industrial en la que se exhibieron los productos locales, siendo entre los de mayor atractivo el calzado y los muebles. También causaron buena impresión los artículos de tocador, como jabones, talcos, agua florida, lociones, cremas...

En suma, se trataba de un espectáculo alentador, estimulante, que hacía olvidar, aun cuando fuese por momentos, la agitación política llena de presagios sombríos.

Con fastuosidad se efectuó en el remozado Teatro Independencia la fiesta luminosa de los Juegos Florales, organizada por la Colonia Española, que en el fondo llevaba una especie melancólica de la despedida, como españoles, de lo que no era ya sino una reminiscencia de su nacionalismo, envuelto en el manto, ya con los colores del verde, blanco y colorado, de la llamada "Colonia Española". A poco andar, con el injerto de las nuevas generaciones, quedó fundida en la mexicanidad.